

Carlos M. Gutiérrez. *La espada, el rayo y la pluma. Quevedo y los campos literario y de poder.* Purdue University Press. West Lafayette. Indiana. 2005. 348 pp.

<https://doi.org/10.55422/bbmp.595>

Carlos M. Gutiérrez nos presenta en este libro una visión mucho más amplia de lo que su título sugiere. El autor pretende hacer una adaptación de la teoría y metodología de Bourdieu acerca de los campos literarios. Adaptación necesaria dada la diferencia de su estudio con el del sociólogo francés. O por mejor decir la divergencia entre los objetos de ambos estudios, a causa de la radical separación entre el XIX francés que Bourdieu analizó y el XVII español que aquí aparece. Consciente de ello Gutiérrez se acerca a la realidad del Siglo de Oro español con prudencia, y a la vez con ambición.

Su propuesta de que esos años tan comentados y estudiados de la historia de la literatura española fueron los años en los que se constituyó el primer campo literario español, es, acaso, osada y puede provocar objeciones, matizaciones y críticas, pero no cabe duda de que abre una serie de nuevas visiones del asunto. Si además, como es el caso, la teoría va apoyada por un torrente de datos y citas tomados de múltiples fuentes, datos y citas que muestran la erudición del autor, una erudición «iluminadora» en tanto en cuanto este aluvión de referencias en ningún momento oscurece ni retuerce el eje del discurso sino que muy al contrario, lo ejemplifica con brillantez, la corrobora, lo ilustra y lo complementa, el libro toma su carácter de presentación luminosa de un aspecto quizás hasta ahora poco conocido de nuestro siglo de Oro.

En principio el libro se nos presenta como el retrato de las actividades y conductas, de ese «habitus» en terminología de Bourdieu (valga lo simplista de la definición) de un individuo atípico: Francisco de Quevedo. Gutiérrez en el capítulo I lamenta la pérdida de atención al individuo que se desarrolló en la crítica de la segunda mitad del siglo XX e inscribe su estudio en la necesidad de recuperar la importancia del individuo, del autor, en la crítica literaria. Es lógico, por tanto, que su enfoque tome como objetivo un individuo, individuo excelso en este caso, de la literatura española. Pero individuo distinto a todos los demás de su época en cuanto que, como Gutiérrez documenta con profundidad y penetración, Quevedo no era un escritor «al uso» que pretendía tomar posición en su campo literario y acercarse al del poder para obtener beneficios, sino que su afán era el de situarse dentro de ese campo de poder y tomar parte en el gobierno de la España de la época. Intento que en buena parte consiguió con su relación con el Duque de Osuna y menos cuando le tocó el turno de relacionarse con Olivares.

Para desarrollar esta idea de la doble actividad de Quevedo, agente del campo literario y agente del campo de poder, Gutiérrez divide su obra en tres partes. Un primer capítulo en el que da al lector las bases ideológicas y metodológicas y las herramientas necesarias para seguirle en su análisis del complejo mundo de interrelaciones de los escritores aureoseculares. Una segunda parte formada los capítulos dos y tres en los que la mirada del autor se centra en el campo literario español, en los años en los que Góngora y Lope ostentan la máxima posición dentro de ese campo literario. Los dos últimos capítulos configuran la tercera parte del libro, en los cuales el protagonista absoluto es Quevedo y su doble actuación en los dos campos en los que se movió.

A la segunda parte me refería al principio de esta reseña, cuando indicaba que este es un libro que nos da bastante más de lo que su título anuncia. Pues esta segunda parte en un dibujo, abigarrado, detallado y brillante de lo que fue el campo literario español del Siglo de Oro. Gutiérrez se muestra convincente en su explicación y utiliza con sabiduría y en su justa medida las muchas citas de variados orígenes y fuentes que le sirven para documentar sus ideas. En el segundo capítulo se nos habla del mecanismo de distinción que llevó a Góngora a autocoronarse (y a ser coronado) como príncipe de la poesía pura, mientras que Lope ocupaba otro trono, el del éxito popular. Hace aquí Gutiérrez un profundo y esclarecedor análisis de la cuestión culteranismo *versus* conceptismo, insistiendo en la falsedad básica de tal distinción. En su estudio va detallando como Quevedo utiliza esa cuestión para ejercer la violencia simbólica contra Góngora, ya reconocido entonces como primero de los poetas y de esta forma establecer su posición dentro del campo literario, en aplicación de otro de los conceptos bourdieanos, la distinción. Quevedo, utiliza, crea, una oposición de estilo, que al final no es tal, pero que le sirve para plantar su bandera en el territorio de los literatos, y lo hace atacando a un poeta respetado, conocido y valorado. Gracias a estos ataques, a su habilidad lingüística y a la repercusión que obtuvo de sus andanadas antigongorinas, alcanza una posición de cabeza dentro del campo literario, la de máximo representante del ingenio, la sátira y la agudeza. Posición que alcanza con rapidez, y que le llegó, probablemente, a molestar y limitar, ya que, como señala Gutiérrez en capítulos posteriores, más tarde se postulará como escritor filosófico, cristiano, serio y trascendente. Precisamente sobre la importancia de la agudeza y el ingenio dentro del campo literario aureosecular habla también Gutiérrez en ese capítulo segundo, así como de la interautorialidad, es decir las constantes citas y referencias de unos escritores a otros que configuran, bien desde una referencia amistosa o admirativa, bien desde una hostil o denigratoria toda una categoría de relaciones entre los agentes que se mueven por el campo literario español.

En el capítulo, tercero, todavía dentro de la segunda parte, Gutiérrez se centra en la relación entre escritores y poder, es más, el servicio de los escritores al poder, mostrando que, aunque la pluma sea más poderosa que la espada, con mucha frecuencia sirve al cetro, a la vara de mando o al bolsillo de monedas. El análisis va detallando las diversas formas de relación con el poder, desde la que podía incluir todo tipo de servicios, incluso la tercería como ocurrió con Lope y el Duque de Sessa, hasta los cargos reales (cronista, bibliotecario) que los escritores ambicionaban como meta de su carrera y señal de consecución de una posición elevada en la sociedad de la época. Otro elemento de legitimación, a medias autolegitimación y a medias amparo de los poderosos, se da en el caso de las academias de la época; espacios reales y metafóricos en donde los escritores se encuentran, se reconocen, interaccionan y establecen toda la compleja red de relaciones que configuran el campo literario del siglo de oro español. Particularmente interesante es la última parte de ese capítulo en la que Gutiérrez habla del «alquiler de plumas»: la utilización de los escritores y de las obras literarias para hacer propaganda a favor de grupos e individuos que detentaban el poder (práctica a la que no fue ajeno Quevedo).

En rigor, esta segunda parte debería ser la preparación indispensable para poder presentar lo más sustancial del estudio: Quevedo y su transitar por estos dos campos, literario y de poder, tan próximos, tan secantes, en términos geométricos, y tan distintos. Debería ser, pero es mucho más, porque es una presentación tan

amplia, detallada y luminosa, que por sí misma merecería ser publicada como estudio.

Pero Gutiérrez va más allá y desarrolla dos capítulos más acerca de ese individuo apasionante que fue Francisco de Quevedo.

Dos capítulos: «La pluma en el filo» y «El filo en la pluma» que retratan la vida de Quevedo en sus complejas relaciones y movimientos por ambos campos. El capítulo cuarto, el campo literario; el quinto, el del poder. La actividad del escritor Quevedo es seguida minuciosamente por Gutiérrez, mostrando como se inicia con la polémica antigongorina, se desarrolla en un consciente y constante utilización de su literatura para progresar en el escalafón del campo y culmina con su autopostulación de escritor moralista y estoico de sus últimas obras. Gutiérrez nos presenta a un escritor cuyo devenir literario está pendiente siempre de referencias a otros escritores y de la ambición de distintos objetivos, hasta el punto de construir una inmensa red de interrelaciones, de correspondencias, de citas y autocitas, que explican la riqueza de alusiones e interpretaciones que encontramos en la obra quevediana.

El último capítulo del libro se centra en la actividad del autor del *Buscón* en el campo del poder, vista a través de dos prismas. Por un lado el análisis, desde ese punto de vista, de las obras de Quevedo más directamente relacionadas con la acción política del momento: *La hora de todos*, las dos partes de la *Política de Dios*, el *Chitón de las Tarabillas* y la *Execración por la fe católica*. Obras literarias y al tiempo instrumentos de acción, para influir en los individuos que estaban en el poder, para defender o atacar políticas, para ganar posición, importancia y predicamento en ese campo, objetivo al que Quevedo no renunció nunca a lo largo de su vida. Por otro lado, Gutiérrez se fija en la relación de Quevedo con miembros de la alta nobleza; fundamentalmente con el duque de Osuna, el conde-duque de Olivares y el duque de Medinaceli. Resulta especialmente interesante la cambiante relación entre Quevedo y Olivares que pasa desde la clara defensa del valido al ataque más enconado. Epicentro de la acción política quevediana para Gutiérrez, las páginas que a ella se dedican destacan por su profundidad en un libro ya de por sí profundo y valioso.

Libro profundo y valioso, al que se añade el mérito de una dicción precisa y clara, que mantiene el decoro necesario para tratar el tema con la dignidad que se merece, y al mismo tiempo evita la verbosidad, y la complejidad que tan a menudo afligen a muchos estudios. Es destacable la habilidad con la que Gutiérrez sabe introducir citas y referencias sin perder en ningún momento el hilo conductor y sin que la voz que desde el inicio del libro lleva al lector de la mano por este largo paseo, quede ahogada por la multitud de voces que se levantan a lo largo del mismo.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ
UNED CANTABRIA / IES ALBERTO PICO